

UMBERTO ECO

La literatura, pasión que cambia la realidad

Por **Umberto Eco**

Traducción de Hugo Beccacece

Tomado de www.lanacion.com

Los grandes libros han contribuido a modelar el mundo. La Divina Comedia, de Dante, por ejemplo, fue fundamental para la creación de la lengua y de la nación italianas. Ciertos personajes y situaciones literarias permiten ejercer la libertad en la interpretación de textos, otros resultan inmodificables y nos enseñan a aceptar el destino se non é vera é ben trovata , que una vez Stalin preguntó cuántas divisiones tenía el papa. Lo que sucedió en las décadas sucesivas nos ha demostrado que las divisiones son naturalmente importantes en ciertas situaciones, pero no lo son todo. Hay poderes inmateriales, no mensurables, que de algún modo tienen peso propio.

Estamos rodeados de poderes inmateriales que no se limitan a los que denominamos valores espirituales, como una doctrina religiosa. Un poder inmaterial es también el de las raíces cuadradas, cuya ley severa sobrevive a los siglos y a los decretos, no sólo de Stalin sino también del papa. Y entre estos poderes incluiría también el de la tradición literaria, vale decir, el complejo de textos que la humanidad ha producido y produce no con fines prácticos sino más bien *gratia sui*, por amor a sí misma, y que se leen por placer, elevación espiritual, ampliación de los conocimientos [...].

Es verdad que los objetos literarios son inmateriales a medias, porque se encarnan en vehículos que habitualmente son de papel. Pero en una época se encarnaban en la voz de los que recordaban una tradición oral, o en piedra, y hoy discutimos sobre el futuro de los *e-books* [...].

¿Para qué sirve este bien inmaterial, la literatura? Bastaría responder, como ya lo he hecho, que es un bien que se consume *gratia sui*, y por lo tanto, no sirve para nada. Pero una visión tan descarnada del placer literario corre el riesgo de equiparar la literatura con el jogging o las palabras cruzadas, los cuales sirven además para otra cosa, para mantener la salud del cuerpo, para el enriquecimiento del léxico.

El bien del que intento hablar cumple, por lo tanto, una serie de funciones que la literatura reviste para nuestra vida individual y social.

La literatura permite ejercitar la lengua. Sobre todo, ejercita la lengua como patrimonio colectivo. La lengua, por definición, va donde quiere, ningún decreto celestial, ni político, ni académico, puede detener su camino y hacerla desviarse hacia situaciones que pretenden ser óptimas [...]. La lengua va donde quiere pero es sensible a las sugerencias de la literatura. Sin Dante no habría existido la lengua italiana unificada. Dante, en *De vulgari eloquentia*, analiza y condena los distintos dialectos italianos, se propone modelar una nueva lengua vulgar ilustre. Nadie habría apostado nada a ese acto de soberbia; sin embargo, con la *Divina Comedia*, Dante ganó la apuesta. Es cierto que debieron pasar siglos para que la lengua vulgar dantesca fuera hablada por todos. Pero la nueva lengua romance lo logró porque la comunidad de aquellos que creían en la literatura continuó inspirándose en aquel modelo. Y si no hubiera existido ese modelo, quizá ni siquiera se habría abierto camino la idea de una unidad política [...].

Pero la práctica literaria pone también en ejercicio nuestra lengua individual. Hoy muchos lamentan el nacimiento de un lenguaje neotelegráfico que se está imponiendo mediante el correo electrónico y los mensajes en los teléfonos celulares, donde hasta se dice "te amo" con una sigla. Pero no olvidemos que los jóvenes que se envían mensajes utilizando esta nueva estenografía son, al menos en parte, los mismos que se agolpan en las nuevas catedrales del libro en que se han convertido las librerías de muchos pisos y que, tan sólo hojeando sin comprar, se ponen en contacto con estilos literarios cultos y elaborados, a los que no estuvieron expuestos ni sus padres ni menos aún sus abuelos [...].

La lectura de las obras literarias nos obliga a un ejercicio de fidelidad y de respeto en la libertad de las interpretaciones. Existe una peligrosa herejía crítica, típica de nuestros días, de acuerdo con la cual se puede hacer lo que a uno se le antoje con una obra literaria. [...] No es cierto. Las obras literarias nos invitan a interpretarlas libremente, porque nos proponen un discurso con múltiples planos de lectura y nos ponen frente a la ambigüedad del lenguaje y de la vida. Pero para poder proceder en este juego, en el que cada generación lee las obras literarias de modo diverso, es preciso actuar movido por un profundo respeto hacia aquello que yo llamé en otra parte la intención del texto [...].

Al final del capítulo 35 de *Rojo y negro*, se dice que Julien Sorel va a la iglesia y dispara sobre Madame de Rênal. Tras haber observado que el brazo del protagonista temblaba, Stendhal nos dice que Julien dispara un primer tiro y yerra, después dispara un segundo y la señora cae. Ahora bien, se puede sostener que el brazo tembloroso y el primer disparo fallido muestran que Julien no fue a la iglesia con un firme propósito homicida, sino arrastrado por un desordenado impulso pasional. A esa interpretación se puede oponer otra: Julien tenía desde el comienzo el propósito de matar, pero era un cobarde. La partitura autoriza ambas interpretaciones.

También se puede dar el caso de que alguien se pregunte dónde fue a terminar la primera bala. Buen interrogante para los devotos stendhalianos. Así como los devotos de Joyce van a Dublín a buscar la farmacia donde Bloom habría comprado una pastilla de jabón en forma de limón [...], uno puede imaginarse que los devotos stendhalianos busquen localizar en este mundo Verrières y la iglesia, y también exploren cada columna del templo para encontrar en ellas el agujero producido por la bala. Se trataría de un episodio de *fanship*, bastante divertido. Pero supongamos ahora que un crítico quiera basar toda su interpretación de la novela sobre el destino de esa bala perdida. Con los tiempos que corren no es inverosímil, ya que hubo quien basó toda su lectura de "La carta robada" de Poe en la posición de la carta respecto de la chimenea. Pero si en Poe resulta explícitamente pertinente la posición de la carta, en Stendhal no se sabe nunca más nada de esa primera bala y, por lo tanto, eso la excluye hasta del grupo de entidades ficticias. Si se permanece fiel al texto stendhaliano, esa bala se ha perdido definitivamente y, desde el punto de vista narrativo, es irrelevante dónde fue a parar. En cambio, lo no-dicho de *Armanche* acerca de la posible impotencia del protagonista impulsa al lector a frenéticas

